

¡Qué gran cosa es ser amado! ¡Pero más es aún amar! El corazón se hace heroico á fuerza de pasión. Sólo se compone de lo más puro; sólo se apoya en lo más grande y elevado. En él no puede germinar un pensamiento indigno, como no puede germinar una ortiga en un ventisquero.

El alma elevada y serena, inaccesible á las pasiones y á las emociones vulgares, que domina las nubes y las sombras de este mundo, las locuras, las mentiras, los odios, la vanidad, la miseria, habita el azul del cielo y no siente más que las conmociones profundas y subterráneas del destino, como las cimas de las montañas sienten los temblores de tierra.

—
Si no hubiera quien amase se apagaría el sol.

V

COSETTE DESPUÉS DE LA CARTA

Durante esta lectura, Cosette iba cayendo poco á poco en meditación. En el momento en que levantó los ojos de la última línea del cuaderno, el oficial pasó triunfante por delante de la verja. Cosette le encontró horrible.

Volvió á contemplar el cuaderno. Estaba escrito, pensaba Cosette, con una letra hermosísima; de la misma mano, pero con diversa tinta, ya negra, ya blanquecina, como cuando se echa la tinta en el tintero, y, por consiguiente, en distintos días. Era, pues, aquello un pensamiento que se había derramado allí, suspiro á suspiro, irregularmente, sin orden, sin elección, sin objeto, á la casualidad. Cosette no había leído nunca nada semejante. Aquel manuscrito, en que veía más claridad que obscuridad, le causaba el mismo efecto que un santuario entreabierto. Cada una de sus misteriosas líneas resplandecía á sus ojos y le inundaba el corazón de una luz extraña. La educación que había recibido le había hablado siempre del alma y nunca del amor; así como si se hablase de la brasa sin hablar de la llama. Aquel manuscrito de quince páginas la revelaba suave y repentinamente todo el amor, el desti-

no, la vida, la eternidad, el principio y el fin. Era como una mano que se hubiese abierto y le hubiese arrojado súbitamente un puñado de rayos. Descubría en aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, honrada; una voluntad sagrada, un inmenso dolor y una esperanza inmensa; un corazón oprimido y un éxtasis manifestado. ¿Y qué era aquel manuscrito? Una carta. Una carta sin señas, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y desinteresada, enigma compuesto de verdades; mensaje de amor escrito para ser llevado por un ángel y leído por una virgen; cita dada fuera de la tierra; billete amoroso de un fantasma á una sombra. Era una alma ausente tranquila y oprimida, que parecía dispuesta á refugiarse en la muerte, y que enviaba á otra alma ausente el secreto de su destino, la clave de la vida, el amor. Aquello había sido escrito con los piés en la tumba y el dedo en el cielo. Aquellas líneas, que habían caído una á una sobre el papel, podrían llamarse gotas del alma.

Pero ¿de quién podían ser aquellas páginas? ¿Quién las había escrito?

Cosette no dudó ni un minuto. Sólo un hombre.

¡Él!

Habíase iluminado su alma; todo había vuelto á aparecer; experimentaba una alegría indecible y una angustia profunda.

¡Era él! ¡Él quien la escribía! ¡Él que estaba allí! ¡Él que había pasado el brazo al través de la verja! Mientras que ella le olvidaba, él la había encontrado. Pero ¿le había olvidado?—¡No! ¡Nunca! Era una locura creerlo por un solo momento: le había amado y adorado siempre. El fuego se había cubierto y había estado oculto algún tiempo; pero ella le veía: no había hecho más que ahondar un poco y ya brillaba de nuevo y la abrasaba. Aquel cuaderno era como

una chispa caída del alma del otro en la suya. Sentía empezar de nuevo el fuego; se penetraba de cada palabra del manuscrito.—¡Ah, sí!—decía.—¡Cómo conozco todo esto! Es lo que he leído en sus ojos.

Cuando acababa de leerla por tercera vez, el teniente Teodulo volvió por delante de la verja haciendo sonar las espuelas, lo que hizo levantar los ojos á Cosette, que le encontró soso, tonto, necio, presumido, desagradable, impertinente y muy feo. El oficial creyó que debía dirigirle una sonrisa; pero Cosette se volvió avergonzada é irritada.

De buena gana le hubiera tirado algo á la cabeza.

Marchóse, pues, entró en la casa y se encerró en su cuarto para volver á leer el manuscrito, para aprenderle de memoria y para pensar.

Cuando le hubo leído, le besó y le puso en su corsé.

Era cosa hecha: Cosette había caído en el profundo amor seráfico: acababa de abrirse el abismo Edén.

Cosette pasó todo el día sumida en una especie de aturdimiento.

Apenas pensaba; sus ideas estaban en el estado de un ovillo enredado en su cerebro; no conseguía reflexionar; esperaba, al través de estremecimientos, alguna cosa vaga.

No se atrevía á prometerse nada y no quería negarse nada; cruzaban por su rostro sombras pálidas y calofríos por su cuerpo.

Le parecía algunos momentos que penetraba en lo quimérico, y se decía:—¿Es esto real?—Y tentaba el papel querido bajo su vestido, le oprimía contra su corazón, sentía los dobleces en su pecho, y si Juan Valjean la hubiera visto en aquel momento, se habría estremecido ante aquella alegría luminosa y

desconocida que brotaba de sus ojos.—¡Oh! sí,—pensaba:—¡Es él! ¡Esto es de él para mí!

Y creía que se lo había llevado una intervención de los ángeles; una casualidad celestial.

¡Oh transfiguraciones del amor! ¡Oh sueños!

Esta casualidad celestial, esta intervención de los ángeles era la bola de pan lanzada de un ladrón á otro ladrón; del patio de Carlomagno á la Cueva de los Leones, por cima de los tejados de la Fuerza.

LOS VIEJOS HAN NACIDO PARA SALIR Á PRÓPOSITO

Cuando llegó la noche salió Juan Valjean y Cosette se vistió. Se peinó del modo que le sentaba mejor y se puso un vestido, cuyo cuerpo había recibido una tijeretada más y dejaba ver por esta escotadura el nacimiento del cuello; era, como dicen las jóvenes, «un poco indecente.» No era de ninguna manera indecente; pero era más bonito que otro. ¡Se vistió de este modo sin saber por qué!

¿Quería salir? No.

¿Esperaba una visita? No.

Al anochecer bajó al jardín. La tía Santos estaba ocupada en la cocina que daba al traspatio.

Empezó á pasear bajo los árboles, separando las ramas de tiempo en tiempo, con la mano, porque las había muy bajas.

Así llegó al banco. Allí estaba todavía la piedra.

Se sentó y puso su blanca mano sobre la piedra, como si quisiese acariciarla y manifestarle agradecimiento.

De pronto sintió esa impresión indefinible que se experimenta, aún sin ver, cuando se tiene á alguno detrás en pie.

Volvió la cabeza y se levantó. Era él.